

libros que corren, abren la puerta á los desórdenes de la juventud, y no es difícil, que esta propenda al ateísmo: y como las conversaciones siguientes por su sencillez y erudición atacan vigorosamente este sistema; esperamos que tenga una benigna y general acogida. Si así fuere, será muy bien empleado nuestro trabajo.



MOTIVO Y PRINCIPIO

DE LA CONFERENCIA

SOBRE LA ECSISTENCIA DE DIOS.

CONVERSACION PRIMERA.



- Clemente.* **D**ios te guarde, Severo.
- Severo.* Y la naturaleza te sea propicia, Clemente. Toma asiento, y significame el fin de tu venida, porque á la verdad la extraño.
- Clem.* Pues no debes extrañarla: supe tu regreso á esta ciudad; me informaron de la suerte adversa que padeces, y de que deseabas verme; pero que ciertas consideraciones te impedian verificarlo.
- Severo.* Sea la primera, que te supongo irritado contra mí, por aquellos antecedentes, que te fueron tan desagradables; y sea la segunda, que habiendo regresado á mi patria, pobre y sin valimiento, el solicitarte podría atribuirse á un principio de interes personal, lo que ciertamente es muy ageno de la

firmeza de mi caracter: porque si en otro tiempo que yo creía que la humildad es una virtud, que debe adornar al hombre, me eran tan repugnantes los rendimientos, ahora que conosco que la humildad es una bajeza de ánimo, indigna de un filósofo ilustrado, ¿como podré humillarme á una persona, que ha encarecido y ecsagerado unos agravios de poca consideracion?

Clem. El motivo de mi venida no ha sido querer renovar esos agravios, que como cristiano he sepultado en el olvido: vengo á verte impelido del amor que te he profesado, y de la compasion que ecsitan en mi espíritu tus infortunios. Creía, que las lecciones costosas que has aprendido en la escuela de la adversidad, te habrian dado á conocer tus verdaderos intereses, y habrian mudado tu corazon; pero ahora conosco::: mas vale enmudecer; porque no es conveniente hablarte con la ingenuidad y franqueza que yo deseara.

Sever. Pues esplicate con toda la franqueza que quisieres; que yo espero me permitas lo mismo, despues que hayas hablado.

Clem. Te acepto la palabra, y te doy la mia; pero para esto es necesario tomar

el hilo de nuestra conversacion desde muy atras; porque así lo juzgo conveniente á los fines que me propongo.

Sever. Sea en hora buena.

Clem. Voy á referir unos sucesos, que aunque no los ignoras, por ser la persona principal de esta historia, ni los habrás olvidado, la renovacion de su memoria te puede ser muy provechosa. Tu naciste en un pais católico: entraste al seno de la iglesia por las puertas del bautismo: militaste bajo las banderas del cristianismo. Tu conducta era verdaderamente religiosa: tus costumbres arregladas: tus inclinaciones eran siempre á la virtud: y, en fin, por una reunion de circunstancias muy recomendables, eras las delicias de tus padres: sí, de aquellos padres virtuosos, que tanto me honraron con su amistad, y con la confianza que hicieron de mí, encomendandome tu direccion.

Te acordarás, que en el momento que tu madre terminó la carrera de sus dias, tu padre afligido y penetrado de dolor prorumpió en estas espresiones: „Esposa la mas amable: tu pérdida vá á ser para mí un verdugo, que ne breve me privará de la ecsistencia, y me

„conducirá á habitar contigo en el im-
 „perio sombrío de la muerte; pero con
 „el consuelo de que mi alma se uni-
 „rá con la tuya en una eternidad feliz.”
 Así fué en efecto. Dentro de pocos dias,
 tu amante padre fué víctima de la mel-
 „lancolía y del abatimiento: se postró
 en el lecho del dolor y de la pena:
 y acercándonos tu y yo á recoger sus
 „últimos suspiros, y á limpiar de su ros-
 tro el sudor que producian las angus-
 „tias del postrer combate, dirigió á tí
 una mirada en que ecshaló los restos de
 su amor y de su ternura, y me dijo
 con voz dolorida y lastimera: „Amado
 „amigo Clemente, voy á terminar la es-
 „cena triste de mi vida; ya estos son
 „los últimos momentos de mi peregrina-
 „cion sobre la tierra; estoy resig-
 „nado en las disposiciones adorables
 „del Eterno; y conosco que es indis-
 „pensable entrar por las puertas de la
 „muerte á la vida bienaventurada. No
 „me aflige el morir; pero la separacion
 „de mi querido hijo, es un peso enor-
 „me, que gravita sobre mi corazon atri-
 „bulado. Él queda huérfano, desampa-
 „rado, joven, en un mundo corrom-
 „pido, y en unos tiempos de impiedad
 „y de libertinage. ¡Ah infeliz! ¿cual se-

„rá su suerte? ¿Pero por qué me affi-
 „jo, si le queda el Padre mas bonda-
 „doso, que es nuestro Dios, y le que-
 „das tú, que en testimonio y última
 „prueba de nuestra amistad, harás con
 „él los oficios de un padre verdade-
 „ro sobre la tierra. Te suplico enca-
 „recidamente lo recibas por tu hijo, te
 „encargues de los intereses que yo le
 „he adquirido con tantos afares, y de
 „que lo deجو por único heredero, y
 „cuides de su educacion política y cris-
 „tiana. Tu aceptacion derramará sobre
 „mi espíritu el bálamo de la consola-
 „cion, para que yo entre tranquilamen-
 „te en la region de la eternidad. ¿Qué
 „respondes, Clemente?” Entónces yo le
 contesté: *Sabes que siempre te he amado
 con sinceridad, y que á Severo, por ser
 hijo tuyo, lo he visto como mio: yo te
 prometo, en cuanto lo permitan mis fuer-
 zas, dar el lleno á tus deseos, con amor
 y con eficacia.*

Despues, dirigiendose á tí te dijo: „Se-
 „vero amadísimo, no ignoras lo que de-
 „bes á mi amor; sabes que he hecho
 „todos los esfuerzos para cumplir los
 „deberes de padre; que he procurado po-
 „ner todos los medios para que seas
 „hombre honrado, y cristiano virtuoso.”

„so, á fin de que seas feliz temporal y „eternamente. Te he amado como padre; pero padre humano que debia fallarte algun dia: ya ha llegado ese momento doloroso; y así por última demostracion de mi amor te dejo á Clemente en mi lugar. Respétalo, obedécelo, amalo, y agrádecele los oficios que haga contigo, á que no está obligado como yo; pero ya no puedo continuar: conosco que mi alma se halla en estado de violencia en la carcel de este cuerpo, y que quiere salir fugitiva hasta el seno de su Criador. Mi cuerpo ya desfallece, y ya está tocando el borde del sepulcro: voy á consagrar los restos de mis suspiros en llamar á las puertas de la divina propiciacion para dar felizmente el salto desde el tiempo á las mansiones eternas. A Dios, hijo querido: á Dios, amado Clemente: á Dios, hasta la eternidad.” Aquí acabó su despedida; recibió las últimas bendiciones de la iglesia; murió con la paz de los justos; y su alma partió desde el centro de las tinieblas de la muerte, hasta la region de la luz inaccesible.

Yo entónces te alargué la mano para levantarte del abismo de la pena y del

dolor en que te sumergió una pérdida tan irreparable, y me esforcé en darte todos los consuelos que estaban á mi alcance. En lo sucesivo cuidé de tus intereses, de tí, de tu educacion y establecimiento. Tú correspondias á los deseos de tu padre, y á mi empeño y esmero. Tu aplicacion á las letras, y tu conducta juiciosa y cristiana, formaban el objeto de mi gozo, y cada dia te amaba mas, como á hijo verdadero. Pero, ya es tiempo de que me permitas correr el telon en el teatro de tu vida, para representar con dolor la escena de tus extravios y de tus desgracias. A los dias venturosos de la virtud y del honor, se siguieron los del vicio y de la ignominia. Empecé á advertir la inquietud y la disipacion de tu espíritu. Me valí de consejos llenos de dulzura, y de benignidad para cortar los progresos del mal en su principio. Diligencias á la verdad que no produjeron el efecto deseado. Despues por un descuido, ó por un atolondramiento juvenil, te dejaste en casa, en un lugar visible, unas estampas que gravó la mano de la obscenidad, y un librete en que se enseñan por principios las reglas de mancharse con

el vicio infame de la impureza: reglas que se habrian avergonzado de dar los gentiles y bárbaros mas desenfrenados, en los siglos de las tinieblas mas horrosas; pero que se dan en el siglo llamado *de las luces*, por los que se jactan de ser ilustradores de todos los hombres. ¡Qué afrenta de nuestros tiempos! Con esto conocí, que tus costumbres caminaban á pasos agigantados al término de la relajacion; y me confirmé en este concepto, y en el de que ya te habias estraviado del camino de la religion, cuando tube la noticia infausta de que leías con teson el decantado folleto de *Las ruinas de Palmira*, que es propiamente ruinas del honor, de las buenas costumbres, de la fé, de la conciencia, y de todo lo bueno y precioso que posee el hombre; pues lo arrastra á ser apóstata, irreligioso, libertino, y víctima de las pasiones mas criminales y vergonzosas; porque inspira orgullo y altanería, que es el origen de todos los desórdenes, y persuade, que no hay otra felicidad que la de la vida presente; con lo que el hombre se entrega sin freno á la satisfaccion de sus apetitos. En vista de esto, traté de corregirte benignamente

para no escasperarte. Pero si en otro tiempo escuchabas mis consejos con buena disposicion, y te aprovechabas de ellos con docilidad, ya despues se asomaba á tu semblante el desagrado y el furor, que te hacian prorrumpir en espresiones muy ajenas de tus principios, y de lo que debias á un hombre que tanto se desvelaba por tu bien. Mas ¿en qué vino á parar todo esto? En que arrebatado tú de un impulso de inhumanidad, y con una ingratitud que debería horrorizar á las mismas fieras, conspiraste contra mi vida, para quedar en una libertad absoluta, sin tener quien te pudiese salir al paso en el camino de tus caprichos, y de tus desórdenes. Para conseguirlo, mezclaste veneno en mi alimento, que no tuvo el efecto que deseabas, porque aunque me ví en sumo peligro de perecer, los médicos me ocurrieron oportunamente con remedios eficaces.

Pero ¡cuan contrarios son los sentimientos que inspira la bárbara filosofia de la incredulidad, de los que infunde aquella religion divina de que has apostatado; que tanto nos recomienda la caridad y la misericordia, aun para con los enemigos mas rabiosos! Me acor-

dé de que un Hombre Dios, colocado en un suplicio, no solamente sacrifica su vida en beneficio de sus mismos verdugos, sino que con una generosidad inaudita pide á su Padre Eterno el perdon para ellos; hasta llegar al estremo de disculparlos y de defenderlos. Esta accion generosísima, elogiada con entusiasmo aun por uno de los mayores enemigos de Jesucristo, Juan Jacobo Rousseau, me obligó á perdonarte de corazon una injuria y un perjuicio tan atroz. Y ¿cual fué la correspondencia? Causa rubor el decirlo. Presentarte á un juez, ante quien yo con justicia podia haber demandado contra tu vida, por atentador efectivo contra la mia, y acusarme calumniosamente de dilapidador de tus bienes; con el fin de que se me despojase de su administracion, y se te entregasen como á dueño, para girarlos por tí mismo.

Yo te convencí de calumnia, y di pruebas auténticas de mi desinterés, y de haber aumentado notablemente tus bienes; y sin embargo de que el magistrado falló contra tí, yo interpuse mis súplicas á fin de que no te parara en perjuicio, y de que se me exonerara de los encargos que me ha-

bia hecho tu padre. Se me admitió esta renuncia. En un momento te viste joven dominado de pasiones, libre, rico, y rodeado de amigos aduladores y corrompidos.

Todo esto formaba una nube horrosa que amenazaba terribles tempestades, que habian de descargar algun dia sobre tu cabeza. Así fué en efecto. Ympelido de la curiosidad, y de la inquietud é inconstancia de tu caracter, y alentado por malos consejos, partiste de tu pátria, sin director ni destino fijo, á viajar por la Europa, y correr córtes; acompañado solamente de otro joven aturdido, y notado de atesta, que fué, segun me dijeron, el que pervirtió tu corazon inocente. A los tres años vino de Europa un sugeto que te conocia, y me aseguró, haberte visto en una famosa capital, en compañía de los hombres mas impios y libertinos; que fuiste herido mortalmente en una pendencia, por rivalidad de amores ilícitos; y que despues escapaste fugitivamente de las manos de las autoridades, que te perseguian por incurso en una conspiracion contra el estado; de las que frecuentemente están maquinando los increí-

dulos, que no queriendo sujetarse á autoridad alguna, ni divina ni humana, pretenden apoderarse de las riendas de los gobiernos, alucinando á los pueblos con las voces lisongeras de filantropía, derechos imprescriptibles, y secrosanta libertad; con el fin de oprimirlos, tiranizarlos, y constituirlos víctimas de su codicia, de su ambicion y libertinage.

No volví á tener noticia de tí en los cuatro años siguientes, hasta ahora que acosado en todas partes de los rebeces de la fortuna, que has vuelto tu enemiga por tus extravagancias y delirios, has regresado á tu pátria, pobre, consumido, sin destino, sin protectores, y sin amigos; que pocos, ó ninguno quedan en el tiempo de la adversidad; pues el pobre y el infortunado, son unos enfermos contagiosos de quienes todos huyen; y, en fin, tú te has hecho un objeto, que ecsita la compasion aun del hombre mas insensible. Esta es en compendio la historia trágica de tu vida; cuya relacion te habrá sido muy desagradable, porque te he hablado con la ingenuidad y energia, que son impulsos del verdadero amor, y por la confianza que me inspira el engrei-

miento justo de haber hecho contigo los oficios de padre, en aquellos dias felices, que ya pasaron, y porque tú me has incitado á que te hablase con la franqueza que me caracteriza, muy opuesta á la vil adulacion de aquellos, que no siendo amigos tuyos, sino de tu fortuna, para aprovecharse de ella, te han sumergido en un abismo de desgracias. Si las proposiciones de mi narracion no están marcadas con el caracter de la verdad, replicame, y enmudeceré.

Sever. No has proferido mas que un conjunto de verdades, que aunque muy amargas para mí, por ser tan ciertas y evidentes, me veo precisado á confesarlas con rubor y confusion; pero no puedo pasar por los títulos de impios y de libertinos, que das á las personas con quienes me acompañé en esa capital famosa de la Europa. Yo los solicité con ansia para constituirlos mis maestros; ellos correspondieron ecsactamente á mis deseos; porque me comunicaron unas luces brillantes con que se disiparon las tinieblas del fanatismo, y de la supersticion en que me habian sepultado mis padres, con una educacion propia de los siglos de la igno-

rancia, y de la barbárie. Ellos desterraron de mi corazón la pusilanimidad y bajeza, que infunden las ideas religiosas, é hicieron mi espíritu fuerte, preocupado y sublime. Ellos me obligaron dulcemente á sacudir el yugo de la religion, y á ecsonerarme del peso enorme é insoportable de las obligaciones que ella impone, y, ellos, arrancando de mis ojos la venda de la credulidad, que me tenia tan ciego, me hicieron conocer mi origen, al autor de mi ser, que no es otro que la naturaleza, mi fin, que no pasa mas allá de los límites del tiempo, y que la única felicidad á que debo aspirar consiste solamente en el goze de los bienes de la única vida que tiene el hombre, que es la presente. He aquí las luces de la filosofia con que me ilustraron.

Clem. Filosofia verdaderamente luminosa y benéfica, que haciendo á sus secuares hombres sin fe, sin religion, sin Dios, sin moralidad y sin conciencia, les abre un camino anchuroso para los placeres, para los desórdenes, y les señala un fin semejante al de las bestias. ¿Esta es la filosofia, que tanto encarece y ecsalta la grandeza y supe-

rioridad del hombre sobre los demas seres del universo? ¡Contradiccion monstruosa! En suma, segun tus espresiones, tu ilustracion te ha conducido hasta el extremo lastimoso de negar la ecsistencia de Dios, y te ha obligado á militar bajo las banderas del ateismo.

Sever. No es extremo lastimoso, sino enviable. Yá mi espíritu no se aterrará con la idea molesta de un Dios, que observa todas nuestras acciones, para castigar unas supuestas ofensas. Este es un fantasma bueno para espantar niños, y gentes ignorantes. Ya no doblo la rodilla ante un ser imaginario, porque me hallo ilustrado con los resplandores de una filosofia, que me enseña, que no hay Dios en el universo; y si se quiere llamar Dios á la naturaleza, esta es el único Dios que yo reconozco; mientras que los idiotas y fanáticos se entretienen con la ilusion de un Criador y Gobernador del mundo. Me compadesco demasiado de su insensatéz y delirios.

Clem. Me veo precisado á decirte, que ahora mas que nunca me hé convencido del orgullo y altanería de los filósofos incrédulos, que son perpetuos despreciadores de todos aquellos que

no siguen su sistema de impiedad. No hay mas que leer sus escritos, y se verán llenos de ultrages, de improperios, de sarcasmos, de chocarrerías y de calumnias, con que faltan no solo á las leyes de la humanidad, sino tambien á los principios de una buena educacion. Quien ha sabido perdonarte mayores injurias, te perdona ahora los epitetos de idiota y de fanático con que tanto me honras. No siento mis desprecios, no la falta de respeto, ni la ingratitude con que me correspondes; siento sí tus extravios y tu perdicion. Las lágrimas que se desprenden de mis ojos, y corren á humedecer mis mejillas, te dán un testimonio del amor que te tengo. ¡Ay, amado Justino, si ahora reanimándose tus cenizas salieras del lugar del reposo eterno á observar la situacion lamentable de aquel Severo, que es la porcion idolatrada de tí mismo, la vehemencia del dolor te reduciría en un momento á la tumba silenciosa en que descansas! Procuré satisfacer tus deseos, haciendo cuanto pude por el bien de tu hijo; pero la dissipacion de su espíritu, el capricho de su caracter, los malos libros y las peores compañías, lo han estraviado de las

sendas de la virtud, y de la religion, que son las únicas que conducen á la felicidad verdadera.

Sever. Qué ¿te enterneces? Qué ¿lloras? Aunque soy atea, mi corazon está dotado de sensibilidad, y me obliga á ceder á los impulsos de la naturaleza. No desconosco lo mucho que te debo, y la parte que tomas en mi suerte. El modo de espresarme es propio de mi carácter, y no del deseo de insultarte. He querido manifestar el sistema que he abrasado en materia de religion, y el convencimiento que tengo de la verdad de él, me ha impelido á hablarte con una franqueza de que te has dado por ofendido.

Clem. Pues qué, ¿por puro convencimiento niegas la ecsistencia de Dios?

Sever. Sí; porque es propio de un filósofo investigar la verdad para abrazarla en donde quiera que la encuentre; y yo en el ateismo he hallado la verdad.

Clem. Pues bien: si tanto te glorías de ser filósofo, y por lo mismo amante de la verdad, si ésta la halláras en el sistema contrario, ¿la seguirías?

Sever. Indudablemente. Pero este es un caso imposible.

Clem. Y ¿por qué lo juzgas imposible?

Sever. Por la falta de razones, á favor de la ecsistencia de Dios.

Clem. Y si yo te manifiesto razones sólidas y poderosas, ¿qué contestarás?

Sever. Si las razones fueren convincentes, diré que ecsiste Dios.

Clem. ¿Estás en disposicion de escucharlas?

Sever. Estoy tan convencido de la verdad de mi sistema, que me parece ocioso prestar oido á discursos contrarios.

Clem. Y yo estoy persuadido de que una de las causas principales por que muchos se mantienen en la incredulidad, es, porque leen libros, y escuchan discursos contrarios á la religion, y se desdennan con tono despreciador de leer, y de oir las pruebas á favor de ella. Un filósofo que desea sinceramente acertar, pesa unos y otros fundamentos en las balanzas de la razon, para desidirse imparcialmente por el partido de la verdad. Es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa.

Sever. Para que veas que deseo el acierto, y que no quiero ser injusto, estoy dispuesto á escucharte las razones que quieras esponer á favor de la ecsistencia de Dios.

Clem. Antes de dar principio á mi discurso, debo advertir, que aunque yo no soy fi-

lósofo de profesion, me esforzaré á hablar filosóficamente. Para que convengamos en el modo de tratar esta cuestion, propondré solamente algunas de las razones que me parescan mas perceptibles y claras; porque siendo innumerables las que militan por mi sistema, ni yo las se todas, ni podría alegarlas sin hacer interminable nuestra conferencia: y por último te suplico, que moderes tu carácter, para tratar un asunto de tanta importancia, con la serenidad de ánimo propia de un filósofo, que quiere ceder á la voz imperiosa de la razon y de la verdad.

Sever. Te prometo irme á la mano, y conducirme con la moderacion debida.

Clem. Acepto la palabra; y por quanto nuestra conversacion ha sido muy difusa, y se nos ha hecho demasiadamente tarde, mañana daremos principio á nuestra conferencia, que yo espero humildemente en la proteccion del Dios benéfico y omnipotente, cuya ecsistencia voy á defender, que ha de dar energía y uncion á mis palabras, y á tí te ha de comunicar docilidad, para que quedando tu vencido, cantes la victoria sobre tí mismo, y éste que será el triunfo de su misericordia, lo hayamos de referir á

la gloria de su santo nombre. Así pues, Severo mio, hasta mañana.
Sever. Hasta mañana Clemente.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS,
 por la ecsistencia del mundo.

CONVERSACION SEGUNDA.



Clem. **S**evero, mi corazon ha culpado á la noche por la lentitud con que caminaba, pues sus pasos perezosos y tardíos la hacian eterna al que con impaciencia esperaba su fin: pero ¡cuanto me llenó de alegría el hermoso fébo, al asomar su semblante risueño por las cumbres elevadas de los montes! Este fué un anuncio de la llegada de aquel momento para mí tan deseado, en que hemos de comenzar nuestra conferencia. ¿Estás en la misma disposicion que ayer, para escuchar las razones y fundamentos de la ecsistencia de Dios?

Sever. Estoy en la misma. Tengo empeñada mi palabra, y la he de cumplir hasta el fin.

Clem. Mi voluntad no sufre demoras; y así demos principio á nuestro asunto.

Para demostrar evidentemente la ec-

sistencia de Dios; esto es, de un sér eterno, infinitamente sábio, poderoso, providente, benéfico y bondadoso, conjunto y agregado de infinitas perfecciones, criador y conservador del universo, por quien todas las cosas visibles é invisibles ecsisten, se mueven y obran, primer principio y último fin de todos los seres, y fuente inagotable de todos los bienes; me valdré de unas pruebas eficaces, claras y perceptibles, aun á los entendimientos mas rudos, y mas estúpidos. De suerte, que será el hombre mas insensato el que recibiendo el golpe de la luz esplendorosa de la verdad, cierre obstinadamente los ojos para sumergirse en el abismo tenebroso del error y de la falsedad. Es indudable que para el hombre que no admite la revelacion, ni los principios de la fe, no queda otra clase de argumentos con que convencerlo, que los que se tomen de la razon natural; y tanto mas, quanto los incrédulos se jactan de ser defensores de la razon natural, y de no admitir otros principios que los que dimanen de ella. En esta virtud, yo no usaré otras pruebas que las que me ministra la luz de la razon, y me acomodaré en quanto me sea posible, al estilo de que usan los